

mas las de boda y de felicitación exigen un traje elegante, aunque no sea de gran costo.

Para recibir en tu casa viste siempre con extrema sencillez, para no eclipsar á las personas que vayan á visitarte, lo que sería de muy mal gusto.

Desecha, pues, Julia mía, esa tristeza que te invade el corazón al pensar en que tu padre no es rico, y en que por lo mismo tu quedas siempre eclipsada entre todas las jóvenes de tu edad: esto no puede ser exacto, si lo que te falte de lujo lo pones de buen gusto y elegancia.

Voy á referirte un caso que yo misma presencié hace algunos días en casa de una de mis amigas.

Era el cumpleaños de la señora de la casa, y una numerosa concurrencia se hallaba reunida en el salón desde las diez de la noche: los encajes, el raso, las pedrerías se ostentaban por todas partes: yo quedé deslumbrada al ver el magnífico golpe de vista que presentaba el salón: al lado de un espléndido traje de raso azul, y más allá uno de encaje blanco.

La cortina de brocado de la puerta se levantó ya tarde, y una joven entró apoyada en el brazo de su padre.

Era rubia, delgada, y aunque no muy bonita, la distinción traspiraba, por decirlo así, en toda su persona: sus únicas galas eran un vestido de tul blanco, sobre otro de foulard blanco también, y una rosa en los cabellos; una cinta de terciopelo, de la que pendía un meda-

llón de oro liso, ceñía su cuello; aquel vestido estaba hecho por ella misma, y le había servido de modelo un precioso figurín.

Todas las miradas se fijaron en aquella graciosa niña: los ojos cansados de la magnificencia, reposaban con una especie de bienestar en aquella virginal sencillez.

Ya ves, mi querida Julia, como también se puede sobresalir por la modestia, y como puedes consolarte de no ser rica.

FELICIA.

VIII.

Después de un largo silencio, ocasionado por la grave enfermedad de una de mis dos niñas, vuelvo á reanudar, mi querida Julia, nuestra correspondencia, con indecible placer. ¡Qué amarga sería para mí la privación de hablar contigo, y de comunicarte todos mis pensamientos! ¡Qué doloroso y que triste, el estar

privada de saber los tuyos! ¡qué dulce es á mi corazón tu confianza!

Por tu parte, hija mía, me has escrito todas las semanas, y tus bellas cartas han traído á mi alma el más grato consuelo, en medio de la amargura que sentía al ver sufrir á mi pobre sobrinita: ¡es tan duro el ver padecer á un niño! ¡á una criatura inocente, que ningun mal ha hecho todavía!

Por tus cartas, he visto que has conseguido el que tu padre haya dilatado el dar la comida proyectada, cuya perspectiva tanto te asusta: ¿y por qué? ¿por qué temer así á la sociedad? Solo el ser malos debe amedrentarnos, haciéndonos pensar que ofendemos á ese Dios todo piedad y misericordia, que es para nosotros el mejor de los padres.

A la sociedad debe dársela importancia, pero no tanta; no hasta el punto de perder el sueño y el apetito, como segun dices te ha sucedido á tí, desde que piensas en que vas á tener convidados.

Al fin el día del cumpleaños de tu padre llega, y la comida va á tener lugar; tranquilízate, y pon atención en lo que voy á decirte, segura de que sujetándote á reglas fijas y establecidas, saldrás bien de lo que tanto te preocupa.

Cuida ante todo de que el comedor esté á buen temple desde por la mañana, teniendo fuego en la chimenea, y de que todos los muebles del mismo brillen por una exquisita limpieza: que las cortinas de las ventanas caigan

en pliegues simétricos y regulares y que la lámpara del centro esté bien dispuesta y así mismo bien limpia: en cuanto á las luces, te aconsejo que las inspecciones tú misma, sin fiarte de nadie; pues es de un efecto deplorable, el que luzcan mal, ó se apaguen.

Que la mantelería ostente una blancura inmaculada: nada importa que sea un poco más ó un poco menos fina; pero que la limpieza sea exquisita, lo mismo en la lencería que en el cristal y plata.

Que todo esté colocado con la más perfecta simetría: si tuvieras un espléndido servicio de plata, si tu cristalería fuese de Baccarat y tus porcelanas de Sevres ó del Japón, todas esas riquezas parecerían miserables, si la limpieza y la simetría no presidiesen á su arreglo.

Supongo que los convidados no pasarán de doce: la lámpara del centro de la mesa y dos con pié colocadas á los extremos, bastan para alumbrar bien el comedor.

Harás colocar en la mesa seis botellas de agua y seis de vino comun, todas de igual forma: seis saleros dobles, es decir, con receptáculos cada uno para sal y pimienta.

Cada convidado tendrá ante su cubierto cinco copas, una para el vino comun y las demás para los de Madera, Burdeos, Jeréz y Champagne: en una comida que pasa de seis cubiertos no deben servirse menos de cuatro vinos, además del champagne.

A la derecha de cada convidado se coloca el cubierto y el cuchillo: ten cuidado que todos

los cubiertos se hallen colocados en una línea perfecta; que las botellas, las copas, los saleros, las mostaseras y los platos de hors-d'oeuvre estén dispuestos con igual simetría, y que el todo de la mesa ofrezca un conjunto agradable y regular.

Ya sabes que en ninguna comida de alguna importancia se sirve la sopa en la mesa: al entrar en el comedor debe ya humear en los platos.

No es de buen gusto ya servir un número de manjares interminable: cuatro entradas después de la sopa bastan, y estas deben constar de un frito, un pescado en salsa, otro plato de bastante corte, y aves asadas; el tercer plato puede ser un *vol auvent*.

El servicio á la rusa es hoy el más elegante: consiste en colocar los postres en el centro de la mesa, de una manera armoniosa y servir los manjares trinchados, pasándolos por la izquierda á cada uno de los convidados.

Harás muy bien, mi querida Julia, en consultar á tu padre, acerca del sitio que cada uno debe ocupar en la mesa; no es indiferente la colocación, y se deben reunir los que más puedan simpatizar; cuando sepas ya donde debe sentarse cada uno, escribirás en una tarjeta con tu linda letra inglesa, el nombre de cada persona invitada, colocando las tarjetas sobre las servilletas.

El número de los postres debe ser de seis á ocho; el primero será un dulce caliente, de cuchara; los demás, pastas, frutas y confituras.

Cuando lo hayas inspeccionado todo, y visto que nada falta para el buen servicio, te vestirás con un traje elegante, pero sencillo, y de corte interior, propiamente dicho; los cuerpos acostados, los brazos desnudos y adornados de alhajas, las hechuras recargadas, están proscritas de toda comida, no siendo de boda, ó gran ceremonia.

Estarás en el salón con tus hermanos, un poco antes de la hora en que deban llegar los convidados: que Octavia y Fernando se hallen también, sencilla, pero esmeradamente vestidos; cederás el sillón del lado derecho de la chimenea. á la primera señora que llegue, y sentándote á su lado, entretendrás dulcemente la conversación en tanto van llegando las demás gentes invitadas; cuando avisen que la comida está servida, aceptarás el primer brazo que te se ofrezca y al llegar al comedor, después de dar gracias á la persona que te ha acompañado, ayudarás á cada una á encontrar el sitio que le ha sido destinado.

Te ocuparás en la mesa de todos, sin ruido, pero de una manera continua, benévola y general: advertiré sólo á tu buen sentido, que los ancianos tienen derecho á todas tus atenciones; y á tu buen corazón, que las personas tímidas y de escasa fortuna, deben ser también las preferidas por tí; aunque se sirvan los manjares trinchados, resérvate el derecho de servir tú un plato, siquiera sea el de las confituras que figuran en los postres; de no ser así, los convidados podrían creerse en la mesa

de una fonda, y no en la de amigos atentos, y afectuosos.

Terminada la comida volverás al salón del brazo de tu más próximo vecino en la mesa; allí debe estar servido el café: ofrécelo por tí misma y que Fernando ofrezca á los caballeros los licores y los cigarros; estas atenciones en un niño son encantadoras.

Durante la velada, procura que esten todos complacidos: organiza alguna partida de tresillo para las personas de edad; invita para que vayan al piano, á los que cultiven la música; habla con los que prefieran la conversación; en una palabra, mi querida niña, olvídate de tí misma por los demás, y has por cada uno lo que desearías que hicieran por tí; es el secreto único de ser amable.

Cuando se retiren las damas, despídelas afectuosamente en la antesala,

Adios, Julia; escíbeme pronto, para ver cómo has salido del apuro en que te hallas, y recibe un abrazo de tu apasionada.

FELICIA.

IX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Te lamentas, mi amada Julia, de lo poco que te dá de sí el tiempo y de que te falta para la mayor parte de tus ocupaciones: no lo extraño; el tiempo, hija mía, es una tela preciosa de que está formada nuestra vida, y si no cuidamos de ella, se deshila poco á poco, hasta destruirse completa é insensiblemente, como una gasa delicada.

Así mismo estás preocupada con las visitas que vas á tener que recibir, y quiero decirte, respecto á la cuestión de tiempo, que teniendo establecido un método invariable para todas tus ocupaciones, te parecerá que las horas del día son más largas, ó que el día tiene mayor número de horas.

Como primera regla, levántate temprano y acuéstate á una hora regular: es un método excelente para conservar la salud; y lo que se hace en las primeras horas de la mañana es un adelanto que sigue todo el día.

Pasemos ahora á hablar de las visitas.

33065

Ya he escrito á tu padre, hablándole de este particular con detención y aconsejándole señale un día á la semana para recibir: esta costumbre francesa, y que muchas familias van adoptando ya, tiene dos ventajas: la primera es, que las personas que vayan de visita, tienen la seguridad de hallarte, y tu la de verlas; la segunda y no despreciable ventaja es, que todos los demás días de la semana puedes salir, ó dedicar la velada á la labor, al estudio, á estar en familia, ó al arreglo del interior de tu casa.

El día designado para recibir, está dispuesta desde temprano y has que tus hermanitos lo estén así mismo: Octavia debe acompañarte cuando recibas, pues su edad de diez años se lo permite ya; además, Julia, la compañía de un niño es casi tan respetable como la de un anciano: acostumbra también á Fernando, que cuenta solo ocho años, á que entre á verte, aunque tengas gente, á la vuelta de la pensión, y á que permanezca un rato al lado tuyo: ya te he dicho, al aconsejarte que lleves á Octavia á alguna visita, lo conveniente que es el acostumbrar desde muy temprano á los niños al trato social; esto les forma un carácter dulce y les hace adquirir desde temprano maneras corteses y distinguidas.

Procura que en la sala de recibir ó saloncito de tu casa reine el orden más perfecto y la limpieza más esquisita; que en la colocación de los muebles se vea cierta armonía: un salón debe demostrar hallarse habitado, es decir, lle-

no de vida; nada hay más triste y más helado que esas salas de recibo, que solo se abren cuando llegan visitas, y que todo el resto del tiempo están mudas y desiertas.

Que haya en el salon de la casa de tu padre un velador con libros y periódicos, flores frescas, señales, en fin, de que allí se siente, se piensa, es decir, *se vive*: tu piano le dará también, con su sola presencia, animación y alegría.

Que tu traje para recibir no sea pretencioso, pero sí esmerado: debemos, como una atención á las personas que nos favorecen, el estar vestidas de una manera conveniente; un traje de media cola de lana, con cuello y puños blancos, con bordado lijero, una corbata blanca y un lazo en el cabello, constituyen un equipo á propósito para una jóven de tu edad.

Octavia estará vestida de la misma manera, poco más ó menos, cuidando de que las prendas de lencería que se pongan, estén muy blancas: ese es el lujo de los niños.

Esta recomendación de vestir con aseo y cuidado te la hago también para todos los días, para todas horas: nada hay tan ridículo como tener que correr y esconderse cuando llaman á la puerta, por llevar un traje impresentable.

No tengo que advertirte que, al entrar señoras de visita, te pongas en pié; debes hasta adelantar dos ó tres pasos para recibirlas: más los que sí es preciso que sepas es que también debes levantarte cuando entren caballeros, que siempre serán algunos amigos de tu padre, y

por lo mismo de edad respetable: la moda de recibir sentadas á las personas del sexo fuerte pasó ya; á los caballeros se les espera, sin embargo, sin moverse del asiento, y solo al llegar á saludarte es cuando te has de levantar: si es un anciano, le acompañarás, dándole la derecha, hasta la puerta del salón; con las damás llegarás hasta el recibimiento, á no ser que en el salón queden otras personas, en cuyo caso llegarás solamente hasta la puerta, y Octavia seguirá despidiéndolas hasta el recibimiento, volviendo tú con las demás gentes.

Que haya siempre en la antesala un criado ó criada pronto á abrir la puerta, cuando alguna persona se retire; y por sí se ha distraído ó dejado su sitio, tira del cordón de la campanilla en cuanto alguna persona de las que estén de visita dé la primera señal de marcharse.

Será de muy buen gusto el que acostumbres á Octavia en algun lindo trabajo de aguja los días de recepción: una niña de su edad sentada cerca del balcón, y trabajando en una obra de tapicería ó de crochet, es un espectáculo muy dulce á los ojos: yo he visto niñas y jovencitas en el salón de sus madres, ocupadas en escribir sobre un lindo pupitre, colocado sobre una mesa de salón; dejaban la pluma y se levantaban acercándose á saludar cada vez que se retiraba una visita.

En cuanto á la conversación, Julia mía, debe ser sostenida por tí: los días de recepción, en que tu padre pueda acompañarte, hallarás

un gran alivio, pues él atenderá á los individuos del sexo fuerte; más tú, en todo caso debes ocuparte de las señoras, hablar de lo que creas que le es á cada una más agradable, y ser para todas igualmente amable, cordial, benévola y expresiva.

En ninguna parte como en tu casa debes procurar obscurecer tu propio mérito para hacer brillar el de las demás: en ninguna parte debes hablar menos de tí; el gran arte del trato social, el gran secreto para tener gente, para obtener simpatías, es saber conseguir que cada uno de los que vá se halle tan complacido y tan bien, como si estuviera en su propia casa.

Sólo en un caso debes hacer distinción entre las personas que te visiten: esta excepción debe ser en favor de algun ser tímido, humilde y desgraciado, si se halla entre tus visitas; hácia aquel deben dirigirse tus atenciones y cuidados; procura hacerle salir de su oscuridad, animarle, hacer saber lo que hay en él de bueno ó de notable; y sobre todo, si ese ser humilde y desdeñado es una mujer, entonces, Julia, procura por todos los medios que tu sensibilidad te sugiera levantarlo á los ojos de todos y á los suyos mismos, y sé su dulce protectora.

La caridad, hija mía, no consiste sólo en dar una limosna material; hay otra caridad moral que no es menos meritoria ni menos santa, y que Dios bendice desde el cielo.

Esta misma caridad te ha de obligar tam-

bien á no alimentar la murmuración en tu casa; no hay nada de tan mal gusto: una mujer muy espiritual ha dicho que *en toda murmuración hay algo que traciende á cocina y á antecámara*; y es verdad: toda persona distinguida, repugna ese vicio vulgar y grosero como ninguno.

Cuando hablen mal delante de tí, de algun ausente, procura defenderle con dulzura; y si no puedes, cállate y protesta con tu silencio de la denigración ajena; en cuanto te sea posible cambia la conversación, hablando de cosas de interes general.

En una palabra, hija mía, en tu casa ten el talento de respetarlo todo, de consid. rar á todos, de escusarlo todo: sé amable y serás amada; la suavidad y la dulzura no están reñidas con la elegancia y el buen tono, sino que no hay buen tono posible sin estas cualidades preciosas.

FELICIA.

X.

Me hablas, mi querida Julia, del próximo viaje que vas á emprender, con tu opulenta tía, que ha llegado de la Habana, y ha ido á abrazar á tu buen padre, que es su hermano mayor.

Ya te veo loca de alegría, porque este sentimiento se trasluce en cada linea de tu carta, y que yo comprendo bien, porque leo en el fondo de tu alma ingénuo y leal, todas las impresiones, ya dulces, ya tristes, que se gravan en ella

A lo menos temporalmente, vas á pasar desde una modesta medianía á una grande y repentina opulencia, pues la fortuna que tu tía heredó de su esposo es inmensa, en tanto que tu padre, jamás ha pasado de una posición regular. Pero yo estoy cierta de que mi querida Julia, sabrá tener moderación, así en la

prosperidad como en la desgracia, y conozco demasiado tu corazón para temer que se enfrie en él la llama sagrada del amor que profesa á su padre, á sus hermanas y á su tierna amiga y madrina.

Voy ahora á darte reglas generales, para el modo con que te has de conducir en los viajes, pues tu tía, que es una persona distinguida y que ha vivido durante algunos años en las córtes más ilustradas de Europa, podría extrañarse de que tu modo de producirte fuese torpe ó desdijese de las reglas de la buena educación y del buen gusto: ciertas advertencias son además precisas, á fin de que la libertad de los viajes no nos lleve fuera de las conveniencias sociales.

El traje, en primer lugar, debe ser sencillo aunque elegante: siendo tu tía la que se encarga de este cuidado, nada hay que advertirte, sino que por tu parte no le añadas pendientes vistosos, sortijas, ni ninguna de esas alhajas, muy propias de un salón, pero muy fuera de su lugar, cuando se va en wagon, ó en un vapor correo.

Te advierto, que sea cualquiera la amabilidad de las personas que te halles en los carruajes, no tengas con ellos mucha conversación, y que hagas uso en lo que hables de la más grande circunspección: si viajas con señoras de edad, procura demostrarles atenciones, ya sea cediéndoles un buen sitio, ya bajando ó subiéndolos los cristales, según su deseo, ya desembarazándolas de un paquete que les moles-

te; pero todo esto, lo repito, sin provocar conversación.

Responde política pero sóbriamente si te hablan, y trata de aislarte en la lectura de un buen libro, que debe ser uno de los primeros objetos que coloques en tu cabás de viaje: si hablas algun rato con tu tía, y ésta es atención que la debes, que no sean más que de cosas indiferentes, y sin levantar la voz, para no poner á todos los habitantes del carruaje en la confianza de los negocios de tu familia: sé reservada allí como en todas partes, y más allí, que en parte alguna. Sin embargo, como la reserva no excluye la cortesía, despídete de tus compañeros de viaje por un saludo, y si has hablado algo con ellos, con una palabra de cortesía.

En la mesa redonda de las fondas y hoteles, no te muestres demasiado difícil, y sobre todo, no te burles en presencia de los habitantes del país, de sus costumbres. En Alemania, te servirán las aves sobre un lecho de mermelada: en Inglaterra, te presentarán en el mismo plato, el jamon y los pollos: la cocina toda aderezada con aceite del medio día, es probable que te disguste; pero deja tranquilamente en el plato lo que no venga á tus gustos, y no atraigas la atención por exclamaciones imprudentes.

En la mesa redonda evita la conversación con los extranjeros: te recomiendo sobre todo esta prudencia, si vas á baños de mar ó á tomar aguas; porque entónces estás espuesta á encontrar diariamente á gentes que no cono-

ces, cuyos antecedentes pueden convenirte poco: está pues sobre aviso, y no des ningún pretesto á la familiaridad ó larga conversación.

No elogies demasiado tu país, en presencia de los extranjeros solo conseguirías herir sus sentimientos, sin hacer triunfar tus opiniones: aprovecha más bien las ocasiones de un viaje para instruirte, preguntando á las gentes del país que visites y tratando de aprender algo de la geografía, la historia y las costumbres de los paises extranjeros: haciendo esto, serás agradable á las personas que trates, y sacarás de tus viajes un sólido provecho.

Viajando con tu tía, hallarás de continuo la ocasión de practicar esa complacencia que no es otra cosa que la abnegación de sí mismo: es preciso por cariño y por respeto, ceder á sus gustos, seguir su dirección, y más de una vez comprenderás la verdad del viejo proverbio: *quien tiene compañero, tiene señor.*

Procura hacer de buena gana esos pequeños beneficios; sé útil á los demás, y no seas incómoda á nadie: como algunas veces se pierden muchas horas en los viajes, es útil y cómodo á la vez el llevar consigo algunos libros, y una labor fácil, tal como un crochet, una tapicería, y el proveerse de todo lo necesario para escribir, porque aun las mejores fondas, están muy desprovistas de esos objetos.

A la vuelta de viaje, no impongas muy de continuo á tus amigas la obligación de escuchar tus peregrinaciones; no fatigues sus oídos con narraciones largas, y sobre todo, no ha-

gas alarde de un aire francés, inglés ó alemán, porque hayas visitado París, Londres ó las orillas del Rhin.

Añadiré aquí una recomendación más grave: que los placeres y las distracciones del viaje, no te hagan jamás perder de vista tus deberes de buena cristiana: observa hija mía, el santo día del domingo, las abstinencias del viérnes, las oraciones de mañana y noche, y que ni la distracción, ni el respeto humano, te hagan olvidar nada de lo que debes á tu Dios Criador.

En los estaciones de baños ó de campo, que por ser los meses de estío habrás de hacer, no quieras parecerte á esas viajeras insoportables, á las que todo molesta y fatiga: á estas desgraciadas, el subir una montañita, les causa palpitaciones; el bajar una colina, las espanta; el borde de una cascada, les causa vértigos.

Si hay que pasar por un túnel ó una bóveda, se sofocan y se sienten morir; la tempestad les altera los nervios, la lluvia les dá dolor de muelas, el polvo les causa dolor en los ojos, el suelo les lastima los piés; estas mujeres son insoportables y se huye de su trato con el mismo empeño que se pone en buscar el de una jóven sufrida, amable, atenta, de apacible humor, y que se vé complaciente con todos.

FELICIA